

# *La dialéctica Corona de Aragón-Castilla en el imaginario histórico liberal del siglo XIX*

Josep Ramon Segarra Estarrelles

Universitat de València\*

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

**Resumen:** El presente artículo analiza la construcción de la imagen de la Corona de Aragón y de Castilla en el lenguaje histórico liberal español del siglo XIX. En primer lugar, se estudia la configuración del lenguaje histórico antidespótico a partir de 1808 y su importancia en la movilización política durante la Revolución Liberal (1808-1843). En segundo lugar, se trata la reelaboración de ese lenguaje histórico en las condiciones creadas por la construcción del Estado centralizado a partir de 1844-1845. En líneas generales, se sostiene que la imagen de la Corona de Aragón y de Castilla se construyeron mutuamente como espacios en que se encarnaba la «libertad nacional» de modo desigual y, hasta cierto punto, confrontado. A lo largo de todo el periodo estudiado (1808-1868) esa construcción cultural y política evolucionó en función del grado de apertura de la esfera publicopolítica y de los cambios sufridos por el lenguaje patriótico.

**Palabras clave:** Identidad nacional, relato histórico, cultura política liberal, provincialismo.

**Abstract:** This article analyzes the construction of Aragon and Castile Kingdoms in the Spanish liberal languages of the nineteenth century. First we study the configuration of an anti-despotic language from 1808 and its importance to forge a political mobilization during the Liberal Revolution (1808-1843). Second, it is the reworking of the historical language in the conditions created by the construction of a centralized State from 1844-1855. In general, it is argued that the image of the Aragon and Castile kingdoms were built together, as spaces where the «national freedom» was located, although in uneven and to some extent confronted ways. Throughout the entire period studied (1808-1848) the political and cultural construction evolved in close relation with the degree of openness of the public and political sphere, and thanks to the changes suffered by the patriotic language.

**Keywords:** National identity, historical narration, liberal political culture, provincial identity.

\* Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación HAR 2011-27392, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

### *La antigua Corona de Aragón en el lenguaje histórico antidespótico durante la Revolución Liberal*

El discurso de nación española se articuló a principios del siglo XIX en el seno de una crisis revolucionaria que, a medio plazo, destruyó la Monarquía absoluta construida a lo largo de la centuria anterior. En aquella coyuntura el concepto de nación soberana sirvió para articular un proyecto político nuevo que ofrecía una respuesta adecuada a la naturaleza de la crisis abierta en 1808. Entre los factores que propiciaron aquel desenlace no fue el último ni el menos importante la peculiar dimensión territorial que adoptaron los acontecimientos, tanto por lo que respecta a la península como a los espacios americanos. No en vano, una de las primeras tareas de las Cortes fue la reforma del «gobierno económico-político de las provincias» que acabaría plasmándose en la creación de un nuevo orden provincial consagrado en la Constitución de 1812. La reforma territorial que se fraguó en Cádiz tuvo efectos, hasta cierto punto, contrapuestos: por un lado, creó las condiciones para la politización de los espacios locales y provinciales y, por otro lado, impulsó la homogeneización de la complejidad jurisdiccional y territorial heredada. A medio y largo plazo, a partir de la década de 1830, el liberalismo postrevolucionario de corte administrativista vendría a consolidar el nuevo orden territorial inventado en Cádiz, aunque vaciando a las provincias de cualquier contenido político. En cierto modo, entonces se completó un modelo de reforma territorial que tenía sus raíces en el reformismo ilustrado<sup>1</sup>.

Los procesos que acabamos de reseñar afectaron de manera fundamental a la articulación política y cultural de la identidad nacional española a lo largo del siglo XIX, sin embargo, el núcleo de esta profunda transformación se gestó durante la Revolución Liberal, en el primer tercio de la centuria. Las circunstancias concretas que desencadenaron la crisis de la Monarquía española, consideradas por los contemporáneos como el corolario del gobierno «despótico» de Manuel Godoy, crearon las condiciones para la activación de un lenguaje histórico antidespótico que tuvo efectos de largo alcance a lo largo del siglo XIX en la construcción de los imaginarios culturales de los territorios de la antigua Corona de Aragón<sup>2</sup>. Como ha mostrado la historiografía, la hegemonía de dicho lenguaje antidespótico durante los debates de 1809-1812 encontró apoyo en la memoria de los códigos forales abolidos por Felipe V a principios de la centuria anterior y, al mismo tiempo,

<sup>1</sup> Un análisis de la dimensión territorial del proceso de construcción del Estado-Nación español en BURGUEÑO, Jesús: *Geografía política de la España constitucional. La división provincial*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996.

<sup>2</sup> La importancia del antidespotismo en el contexto gaditano ha sido señalada por GARCÍA MONERRIS, Carmen: «El grito antidespótico de unos «patriotas» en guerra», en R. Viguera Ruiz (coord.), *Dos siglos de historia: actualidad y debate histórico en torno a La Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2010, pp. 233-256.

obligó a buscar acomodo al papel histórico de Castilla en la configuración de la Monarquía y de la nación española. Además, en la medida que este lenguaje histórico se convirtió en uno de los elementos clave de la cultura política del primer liberalismo español contribuyó a crear identidades patrióticas (en un sentido político y cultural) con una fuerte connotación territorial e histórica en Barcelona, Valencia o Zaragoza, entre otras ciudades<sup>3</sup>.

Nos encontramos ante un fenómeno político y cultural que no es peculiar del contexto español. El lenguaje histórico antidespótico tiene mucho en común con otras representaciones militantes del pasado que en otros contextos europeos tenían raíces en los conflictos derivados de la Reforma protestante pero que fueron reinterpretadas en un sentido nacional al calor de la Revolución Francesa y sus efectos. Se trata de la visión de la historia francesa según la cual la nobleza franca sometió a los galo-romanos al dominio «feudal» o el relato de como la libertad anglosajona pereció bajo el «yugo normando» en Inglaterra. Como es sabido se trata de representaciones del pasado, en algún caso de origen mítico, que giran alrededor de visiones germanistas o goticistas de la historia que, en general fueron elaboradas para defender un constitucionalismo aristocrático pero que, en coyunturas de crisis y conflictos políticos, sirvieron de base para contrarrelatos de inspiración republicana o libertaria. De hecho en la base de algunos radicalismos populares europeos de principios del siglo XIX se encuentra un relato histórico de estas características<sup>4</sup>.

En el caso hispano no habría que descartar, como ha señalado Pablo Fernández Albaladejo, la importancia del patrón metanarrativo que derivaba del mito de la «pérdida de España» que comparte con el lenguaje histórico antidespótico su orientación melancólica, por decirlo así, tan importante en los imaginarios nacionalistas

<sup>3</sup> El análisis de la dimensión histórica del debate preconstitucional en PORTILLO, José María: *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, CEPC, 2000; GARCÍA MONERRIS, Carmen: «Lectores de historia y hacedores de política en tiempos de fractura «constitucional», en *Historia Constitucional. Revista Electrónica de Historia Constitucional*, <http://hc.rediris.es/03/index.html> (junio 2002); BUSAALL, Jean-Baptiste y DE EGUIBAR URRUTIA, Lartaun: *Las instituciones del Reino de Navarra en el debate histórico jurídico de la revolución liberal*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2005; una visión general de la relación entre liberalismo e identidades territoriales, centrado en el caso catalán, FRADERA, Josep María: «La política liberal y el descubrimiento de una identidad distintiva de Cataluña (1835-1865)», *Hispania*, LX/2, 205 (2000), pp. 673-702.

<sup>4</sup> Una visión general, con especial atención a la Francia revolucionaria en THOM, Martin: *Repúblicas, naciones y tribus*, Gijón, Trea, 1999; sobre los debates históricos en Francia a lo largo del XVIII, véase BAKER, Keith M.: *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; sobre el contexto británico pueden consultarse el clásico de HILL, Christopher: «The Norman Yoke», en C. Hill, *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17<sup>th</sup> Century*, Londres, Pimlico, 2001, pp. 46-111; y KIDD, Colin: *British Identities before Nationalism: Ethnicity and Nationhood in the Atlantic World, 1600-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

de los siglos XIX y XX<sup>5</sup>. Se trata de un *pattern* dotado de una temporalidad en cierto modo cíclica de muerte —resurrección o de corrupción— regeneración, sin embargo lo que tenía este esquema temporal de repetición de un orden eterno sufrió una quiebra radical en 1808, con la crisis de la Monarquía y la situación sobrevenida de vacío de poder. En aquel contexto el lenguaje histórico antidespótico fue compartido por todas las sensibilidades políticas del momento, a excepción de los afrancesados; desde posturas políticas distintas e incluso opuestas se apelaba al restablecimiento de las «libertades» vulneradas por el despotismo a lo largo de la historia<sup>6</sup>. En la versión liberal de este relato la nación era identificada con la libertad de tal manera que esto suponía discriminar entre periodos de la historia en los que la nación habría existido y que merecían atención en el presente y otras etapas del pasado caracterizadas por el despotismo «feudal» o monárquico y que, en consecuencia, no deparaban argumentos de valor<sup>7</sup>. Desde la perspectiva liberal la evocación de toda una galería de héroes fracasados —mártires de la libertad— venía a subrayar el carácter percedero de la libertad nacional y hacía de la «regeneración» de esa libertad una acción cívica creadora de un tiempo político propio concebido en términos de *historia nacional*<sup>8</sup>.

En este sentido, la mitificación de los comuneros como mártires de la libertad castellana-española es indicativa del surgimiento de un pensamiento «constitucional» de oposición al menos desde finales del siglo XVIII; Padilla, Bravo y Maldonado representaban la muerte de la «libertad e independencia» a manos de una dinastía «extranjera». Asimismo, este patrón narrativo encontró toda una cantera de héroes y episodios míticos en la historia catalano-aragonesa considerada como una experiencia política dotada de valor «liberal» —es decir, «nacional»—. Hay que recordar aquí que la tradición constitucional aragonesa había gozado de una elaboración secular en la tratadística europea desde la obra de François Hotman, para quien la llamada «Constitución de Sobrarbe» encarnaría el modelo de «Constitución

<sup>5</sup> FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo: *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 14-15.

<sup>6</sup> A cerca del carácter compartido de este lenguaje histórico y las distintas significaciones políticas que adoptó, véase ROMEO MATEO, María Cruz: «Nuestra antigua legislación constitucional, ¿modelo para los liberales de 1808-1814?», en P. Rújula y J. Canal (eds.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 75-103. Una visión más general, en PALTÍ, Elías J.: *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

<sup>7</sup> El texto más representativo de este lenguaje antidespótico liberal, aunque no el único, fue el *Discurso Preliminar* de la Constitución de Cádiz, véase SÁNCHEZ AGESTA, Luis: «Introducción», en A. de Argüelles, *Discurso preliminar a la Constitución de 1812*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, pp. 9-63.

<sup>8</sup> Este análisis de la relación entre historicidad y acción política está inspirado en POCOCK, John G. A.: *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2000, pp. 136-139.

mixta» de orígenes góticos<sup>9</sup>. Por todo esto no causa sorpresa que las Germanías, el Justicia de Aragón, Pau Claris o la propia Guerra de Sucesión adquiriesen valor patriótico en la medida que eran interpretados como expresión de la resistencia frente al despotismo. Estas referencias históricas podían adquirir un vigoroso simbolismo político, sobre todo, si se tiene en cuenta que conectaban con el carácter municipalista de la movilización constitucional durante la Revolución Liberal.

En el lenguaje histórico que se activó en los debates de 1808-1810, por tanto, se dan cita la mayoría de los elementos que caracterizan a esta tradición europea a la que nos hemos referido más arriba: el goticismo, el constitucionalismo y, claro está, la narrativa de la pérdida de la libertad y su politización en un proceso de «restauración» o «regeneración». Ahora bien, a diferencia de Francia o Inglaterra donde se relataba el enfrentamiento secular entre «pueblos» o «razas» que encarnarían principios políticos opuestos pero que compartían un mismo espacio, en el caso español esos «pueblos» en disputa adquirían un significado territorial específico, de tal manera que la libertad nacional susceptible de ser rescatada podía ser vizcaína, aragonesa o catalana al tiempo que española. Lo que no era tan evidente es que pudiese ser castellana, a pesar de los comuneros. En efecto, lo novedoso del relato nacional liberal-patriótico era el equívoco papel que se daba a Castilla. El núcleo castellano ocupaba una especie de no-lugar, un vacío que venía a certificar la pérdida de la libertad y la necesidad de actuar desembarazadamente para recuperarla, como atestiguaba el mito de las Comunidades. Al mismo tiempo, como se encargó de subrayar Antonio de Capmany, Castilla podía ser identificada como el principal agente de la pervisión o supresión de constituciones territoriales periféricas, es decir, de la pérdida de la libertad<sup>10</sup>.

En este sentido, el lenguaje histórico hegemónico era un espacio de disputa y su uso político podía catalizar tensiones de carácter territorial susceptibles de ser etiquetadas como «provincialistas». Es decir, que episodios como las Germanías de Valencia o la Revuelta catalana de 1640 pudiesen adquirir valor «nacional» dentro del relato liberal contra el despotismo también implicaba que ese despotismo pudiese adjetivarse como «castellano» al tiempo que «extranjero», sobre todo cuando el lenguaje histórico se viese envuelto en conflictos políticos susceptibles de ser

<sup>9</sup> Específicamente sobre la elaboración europea del mito de la «Constitución de Sobrarbe», véase MAGONI, Clizia: *Fueros e libertà. Il mito della costituzione aragonese nell'Europa moderna*, Roma, Carocci, 2007; más centrado en el goticismo hispano pero también en relación al debate europeo, véase el trabajo de ÁLVAREZ ALONSO, Clara: «Un Rey, una Ley, una Religión (Goticismo y Constitución Histórica en el debate constitucional gaditano)», *Historia Constitucional. Revista Electrónica de Historia Constitucional*, 1 (2000).

<sup>10</sup> Véase los comentarios de Capmany al respecto en CAPMANI, Antonio de (sic): *Práctica y estilo de celebrar cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia, y una noticia de las de Castilla y Navarra*, Madrid, Imprenta de José Collado, 1821, p. 3. Esta dimensión del debate preconstitucional ha sido analizada en profundidad en PORTILLO, José M<sup>a</sup>: *Revolución de nación...*, *op. cit.*, pp. 264-312.

interpretados en términos territoriales. Para captar como se producía esta articulación entre praxis política revolucionaria y referentes territoriales es importante prestar atención a las características de la cultura política del primer liberalismo español. Durante la Revolución Liberal, más allá de las definiciones doctrinales de soberanía y nación, se reprodujo repetidamente lo que María Cruz Romeo ha llamado una interpretación inmediata o directa del principio de soberanía nacional<sup>11</sup>. La mejor expresión de este fenómeno, aunque no la única, fue el movimiento juntero, es decir, los alzamientos políticos de alcance local o regional que se producían ante comportamientos políticos que por acción o por omisión se consideraban lesivos para la libertad política. Se trataba de movimientos insurreccionales que, en la mayoría de los casos, partían de una declaración de «independencia» como paso previo a la reconstrucción de una legitimidad política que se presentaba como «verdaderamente nacional»<sup>12</sup>.

Es importante subrayar la importancia que tuvieron este tipo de experiencias patrióticas y conflictivas, durante el Trienio Liberal y en los años de la guerra civil carlista, en la formación de toda una generación de literatos o historiadores que durante las décadas centrales del siglo XIX reimaginaron los reinos medievales de nuevo. Nos referimos al grupo de escritores románticos aragoneses del que formaba parte Gerónimo Borao, Manuel Lasala o Miguel Agustín Príncipe, el valenciano Vicente Boix o los catalanes Víctor Balaguer o Antonio de Bofarull, entre otros. Se trata de una serie de autores jóvenes que aprendieron *emotivamente* aquel lenguaje patriótico y antidespótico. Todos ellos pertenecían a una generación que conoció la política liberal a partir de una movilización patriótica muy localizada en esferas públicas en continua ebullición, en las que la politización pasaba por la identificación personal con un lenguaje histórico organizado en términos de la pareja de opuestos libertad y despotismo. En este sentido, hay que destacar el papel de la literatura, en obras de teatro, poemas y, por supuesto, en proclamas patrióticas, a la hora de movilizar emociones, de dar forma a la «educación sentimental» de esta generación de escritores patriotas<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> ROMEO, María Cruz: «La cultura política del progresismo: utopías liberales, una herencia en discusión», *Berceo*, 139 (2000), pp. 9-30.

<sup>12</sup> Sobre la dinámica juntista en relación con el «provincialismo», véase SEGARRA, Josep Ramon: «El «provincialismo» involuntari. Els territoris en el projecte liberal de nació espanyola (1808-1868)», *Afers*, 48 (2004), pp. 327-345; y «El reverso de la nación. 'Provincialismo' e 'independencia' durante la Revolución Liberal», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 59-82. Sobre el caso de la Barcelona durante el Trienio Liberal véase los trabajos de ROCA VERNET, Jordi: «La història en els discursos de nació del liberalisme exaltat del Trienni», *Afers*, 62/63 (2009), pp. 217-234; y «Pau Claris i la cultura constitucional catalana del Trienni Liberal (1820-1823)», *Manuscrits*, 27 (2009), pp. 161-186. Una visión general de la dinámica política de la Revolución Liberal, en GARCIA ROVIRA, Anna María: *La revolució liberal a Espanya i les classes populars*, Vic, Eumo, 1989.

<sup>13</sup> Sobre la generación romántica aragonesa, véase MAINER, José Carlos: «Del romanticismo en

«Neofuerismo», anticentralismo e historia nacional a mediados del siglo XIX

A partir de la década de 1840 se observa un cambio de fondo por lo que respecta a la suerte del relato histórico antidespótico y sus derivaciones provinciales. Según Josep María Fradera, el interés por el pasado medieval de una parte significativa del mundo cultural barcelonés a partir de la década moderada formaba parte de un alejamiento de su militancia política liberal y se enmarcaba en una preocupación típicamente conservadora por reconstruir las bases morales de la nueva sociedad surgida de la Revolución Liberal<sup>14</sup>. Ahora bien, creemos que es importante señalar que no toda la sensibilidad historicista posrevolucionaria era unívocamente conservadora ni se limitaba al quietismo en materia política. Como hemos visto, la apelación a la historia y, en concreto, a la historia de la antigua Corona de Aragón no sólo no era una novedad sino que formaba parte de la activa cultura liberal de la Revolución Liberal, especialmente importante en la capital catalana.

A nuestro modo de ver, el cambio cultural que se detecta en la década de 1840 obedece a causas eminentemente políticas, por un lado, a la frustrante incapacidad del liberalismo avanzado para estabilizar la vida política, lo que se puso de manifiesto especialmente durante la Regencia de Espartero y, por otro lado, al ascenso al poder de un nuevo liberalismo conservador de orientación administrativista y autoritaria. Un cambio de coyuntura que en Barcelona ya se pudo intuir durante la «dictadura» del Capitán General Ramón de Meer entre octubre de 1837 y junio de 1839<sup>15</sup>. Todos estos cambios contribuyeron a erosionar el poder de legitimación política del lenguaje histórico antidespótico. La dirección política e identitaria que adoptó esta transformación en las décadas centrales del Ochocientos no es un fenómeno sencillo de explicar porque se desarrolló en diversos niveles y tuvo que ver con el proceso de despolitización del relato histórico pero también con una reinvencción del patriotismo vinculado a las representaciones del pasado.

---

Aragón: *La Aurora* (1839-1841)», en VVAA, *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, vol. II, pp. 303-315; y AGUDO CATALÁN, Manuela: *El romanticismo en Aragón (1838-1854): literatura, pensamiento y sociedad*, Zaragoza, PUZ, 2008. Sobre el contexto cultural valenciano, véase SEGARRA, Josep Ramon: «Vicent Boix i el discurs provincialista valencià durant el segle XIX», *Plecs d'Història Local*, 107, *L'Avenç*, 284 (2003), pp. 1682-1685. Desde otra perspectiva ORTEGA, Eduardo: *Vicent Boix. Aproximació biogràfica al romanticisme valencià*, Valencia, IVEI, 1987. Por lo que respecta al romanticismo en Cataluña, véase los trabajos de JORBA, Manel: «Els romàntics radicals» y «Del primer romanticismo al conservadorisme ideològic: Manuel Milà i Pau Piferrer», *Barcelona. Quaderns d'Història*, 6 (2002), pp. 75-86 y 89-103, respectivamente.

<sup>14</sup> FRADERA, Josep M<sup>a</sup>: *Cultura nacional en una societat dividida: patriotisme y cultura en Catalunya (1838-1868)*, Barcelona, Curial, 1992; en la perspectiva de este autor la cultura catalana posrevolucionaria es analizada en términos de «ideología» determinada, en última instancia, por un conflicto de clases, lo cual deja poco margen para apreciar la diversidad interna de esa cultura, no reducible a posiciones de clase, y la pluralidad de sus implicaciones políticas.

<sup>15</sup> OLLÉ ROMEU, Josep M<sup>a</sup>: *Fonaments de la ideologia liberal-conservadora. La dictadura del Baró de Meer (1837-1839)*, Barcelona, Rafael Dalmau editor, 1996.

En efecto, se constata una nueva sensibilidad en las instancias de poder cultural del Estado centralizado gobernado por el Partido Moderado a partir de 1844. En medios elitistas como la Real Academia de la Historia y por parte de algunos historiadores vinculados a la Corte se asiste a la progresiva consolidación de una nueva orientación del relato histórico nacional que tiene mucho que ver con la asunción de algunos de los argumentos clave de la narrativa del pasado elaborada por antiguos afrancesados<sup>16</sup>. Se trata de una visión de la historia que hacía de la Corona, y no de la nación, la principal protagonista del relato, el agente dotado de voluntad política unitaria. En este sentido, el protagonismo político de la pluralidad de reinos que integraban la Monarquía era visto como una causa de inestabilidad y caos que sólo la consolidación del poder real había podido dominar. En cierto modo, era una versión del pasado adecuada para legitimar un Estado centralista y autoritario que trataba de meter en cintura una dinámica política que se había desarrollado durante la Revolución Liberal en una pluralidad de «centros» muy difíciles de controlar.

El rechazo a las derivaciones provinciales y populares del lenguaje histórico antidespótico iba a ser una constante de esta historiografía y, por tanto, el papel de la antigua Corona de Aragón en ese relato sería sometido a revisión por historiadores conservadores. Ejemplos de ello fueron el trabajo de Javier de Quinto acerca de la interpretación del juramento de los monarcas de Aragón o la obra del Marqués de Pidal sobre los acontecimientos que llevaron a la ejecución del Justicia por orden de Felipe II, uno de los mitos fundadores del liberalismo revolucionario<sup>17</sup>. Hay que subrayar el carácter cuasioficial de esta revisión del pasado cuya orientación de fondo era hurtar la hegemonía cultural que había ostentado el imaginario histórico del liberalismo avanzado.

Hasta cierto punto, este giro cultural encontró plasmación en la *Historia general de España* de Modesto Lafuente, no porque este autor escribiese su obra inspirado por la voluntad ideológica de historiadores reaccionarios sino porque escribió historia en unos términos que contribuyeron a despolitizar la representación del pasado. La clave argumental general de la *Historia general* no era la lucha secular entre la libertad y el despotismo sino la legitimación del Estado centralista de mediados del siglo XIX. Modesto Lafuente ejemplifica bastante bien el modelo de escritor de historia formado como periodista, habitual en la España

<sup>16</sup> LÓPEZ TABAR, JUAN: «La moderación como divisa. En torno al ideario político de los afrancesados», en P. Rújula y J. Canal (eds.), *Guerra de ideas...*, op. cit., pp. 135-155.

<sup>17</sup> QUINTO, JAVIER de: *Discursos políticos sobre la legislación y la historia del antiguo Reino de Aragón. Del juramento político de los antiguos reyes de Aragón*, Madrid, Imprenta a cargo de Don Celestino G. Álvarez, 1848; y MARQUÉS DE PIDAL: *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, Imprenta de J. Martín Alegría, 1862-1863.

decimonónica<sup>18</sup>. En este sentido, en su legitimación histórica del Estado-Nación había algo de una tendencia a convertir el prejuicio favorable a la actualidad y a los hechos consumados en una actitud normal y legítima, es decir, apolítica. Así, el modo que tenía Modesto Lafuente de lamentar la pérdida de las libertades territoriales cuando correspondía pero, a la vez, de valorar esos mismos actos de «despotismo» en la medida que suponían un paso adelante en la formación del Estado-Nación no sólo hacía de éste un precipitado inevitable de la historia sino que neutralizaba la carga ideológica de la representación histórica de este tipo de acontecimientos<sup>19</sup>. Desde luego, no se trata de un caso aislado, ni en la España ni en la Europa de entonces y de después<sup>20</sup>.

Por lo que nos interesa aquí, la obra de Modesto Lafuente es fundamental ya que supuso la consagración de un nuevo relato canónico de la historia nacional. Un relato histórico que, significativamente, ha sido considerado como una historia castellanocéntrica de España. Sin embargo, esta opinión común contrasta con la investigación reciente. Mariano Esteban, el principal estudioso de la obra del historiador palentino, ha señalado que, contra lo que se dijo en su día y desde entonces se ha dado por bueno, el eje fundamental de la obra de Modesto Lafuente no es la identificación esencialista entre España y Castilla<sup>21</sup>. Sin embargo, queda una cuestión abierta: ¿por qué se percibió así? Para responder a esta pregunta, a nuestro modo de ver, es necesario tener en cuenta el proceso político general en el que los debates acerca del pasado y su significado tomaban forma.

Alberto M. Banti ha explicado como en la Italia posunitaria la fuerza de la retórica patriótica nacional activada durante el *Risorgimento* se convirtió en un factor de crítica al Estado parlamentario, no porque se tratase de un patriotismo más o menos reaccionario sino porque la plasmación concreta del sistema parlamentario fue percibida como una perversión y una fragmentación de la voluntad política nacional<sup>22</sup>. Un efecto rebote parecido se produjo en la España posrevolucionaria

<sup>18</sup> PEIRÓ, Ignacio: *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

<sup>19</sup> Véase, por ejemplo, las consideraciones de Lafuente sobre la «unidad política» como «destino de España» a propósito del advenimiento de la dinastía borbónica, citado en ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España en la *Historia General* de Modesto Lafuente», en A. Morales y M. Esteban (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 87-140, especialmente p. 132.

<sup>20</sup> Véase los estudios contenidos en BERGER, Stefan, DONOVAN, Mark y PASSMORE, Kevin, (eds.): *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, Routledge, 1999.

<sup>21</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España...», *op. cit.*; y «Castilla y España en los historiadores generales de la época isabelina», en C. Forcadell y M. C. Romeo (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 273-296.

<sup>22</sup> BANTI, Alberto M.: «Antiparlamentarismo y liberalismo en la Italia de finales del siglo XIX», *Alcores* 7 (2009), pp. 87-119.

con la cultura patriótica liberal en expansión durante los años de guerra ideológica contra el carlismo. El cierre de la esfera pública y la implantación autoritaria del centralismo estatal a partir de 1844-1845 contribuyeron a marginar el viejo lenguaje antidespótico pero al mismo tiempo propiciaron la activación de sus potencialidades anticentralistas. A nuestro modo de ver, autores como los aragoneses Gerónimo Borao y Manuel Lasala, el valenciano Vicente Boix o el catalán Víctor Balaguer —aunque la nómina podría ampliarse especialmente en Cataluña— son exponentes de este fenómeno. En general, se trata de autores que habían militado en las filas del liberalismo avanzado, en algún caso filorepublicano, durante el Trienio Esparterista o incluso antes. Habían vivido, por un lado, el clima de exaltación patriótica que envolvía a las revueltas juntistas de los años treinta pero, por otro lado, también habían sufrido la ansiedad provocada por la inestabilidad política una vez el carlismo ya había sido derrotado. Incluso pudieron apostar circunstancialmente por el entendimiento con los moderados en 1843. Pero a corto plazo, el nuevo orden centralista de los moderados supuso una profunda frustración para estos patriotas provinciales Y fue en ese nuevo contexto cuando emprendieron una reflexión que podemos calificar de «neofuerista»<sup>23</sup>.

Dada la orientación del relato de legitimación del nuevo Estado, estos planteamientos «neofueristas» que apelaban a la historia de la antigua Corona de Aragón parecían cada vez más excéntricos en el espacio público nacional. Y, en cierto modo, algunos de estos autores asumieron ese rol como una marca de originalidad intelectual. Pero sus planteamientos no eran nada caprichosos. En 1855 Vicente Boix reclamaba para sí el calificativo de «provincialista» —«defecto del que no me curaré jamás», decía— y, a continuación, ponía el dedo en la llaga: «[L]a centralización exagerada de nuestros días ha dado el último golpe á la exigua independencia que disfrutaban todavía nuestras Municipalidades». Para él, el modelo de Estado administrativista que se estaba construyendo en España suponía la extinción de la vida provincial y municipal. «Las provincias no son ya mas que unas colonias desgraciadas: envian al corazon su sangre, sus riquezas, su historia; la vida va de los extremos al centro: en cambio recibimos la Gaceta». Visto así, el nuevo sistema no era más que un sucedáneo de la «tiranía ministerial» que tanto habían estigmatizado los liberales revolucionarios. «Es horrible el despotismo que en el dia se oculta bajo la máscara de lo que se llama Estado [...] ¿Donde está la Nación?», se preguntaba Boix, «[s]i la Nación es el Estado, ¿cuándo, en dónde, cómo se encuentra representada?»<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Un análisis detallado de este proceso, en SEGARRA, Josep Ramon: «Liberales y fueristas. El discurso «neofuerista» y el proyecto liberal de nación española (1808-1868)», en C. Forcadell y M. C. Romeo (eds.), *Provincia y nación...*, op. cit., pp. 73-99.

<sup>24</sup> BOIX, Vicente: *Apuntes históricos sobre los fueros del antiguo Reino de Valencia*, Valencia, Imprenta de Mariano Cabrerizo, 1855, pp. VII-VIII (las cursivas en el original).

Como puede apreciarse se trata de un planteamiento que, en la más pura tradición del relato nacional antidespótico, hermanaba la memoria constitucional de la antigua Corona de Aragón con la Nación (española) que se entendía postergada por el Estado. Se trataba de un patriotismo liberal historicista profundamente anticastellanista, puesto que partía de la identificación del nuevo Estado con lo que, para estos autores, era la tradición «despótica» castellana. El resultado fue un discurso «neofuerista» liberal que gozó de una elaboración eminentemente historiográfica y literaria aunque estos autores nunca descuidaron las potencialidades políticas anticentralistas y constitucionales de esta propuesta. No en vano, estos autores confluyeron en el magma progresista guiados por una preocupación común: definir las condiciones políticas y culturales para un nuevo liberalismo patricio que fuese capaz de integrar a sectores sociales mesocráticos a través de los municipios. En este sentido, la historia tenía un papel que cumplir a la hora de fundamentar un patriotismo que diese un sentido ordenado a la participación ciudadana en los espacios locales y provinciales<sup>25</sup>.

Quizá, la mejor muestra de la trascendencia política de este discurso «neofuerista» en el seno del progresismo fue el periódico barcelonés, fundado y dirigido por Víctor Balaguer, *La Corona de Aragón*, un proyecto en el que participaron Vicente Boix y Gerónimo Borao. Este periódico, que salió a la luz pública durante el Bienio Progresista entre octubre de 1854 y junio de 1856, se presentaba con un propósito que no ofrecía lugar a dudas: «La Corona de Aragón como recuerdo, modelo y ejemplo de las patrias libertades; España constitucional y regenerada como patria común; la Unión Ibérica como ideal y aspiración suprema»<sup>26</sup>. En cierto modo, este lenguaje, lleno de resonancias históricas y de aspiraciones utópicas, es indicativo de un tipo de patriotismo que confiaba en el poder transformador de la palabra, basado en una concepción eminentemente retórica de la política. El proyecto periodístico de Balaguer sucumbió, junto con el régimen progresista, por su falta de respuestas a la conflictividad obrera en que vivió sumida Barcelona a partir de la primavera de 1855 y por el estigma «provincialista» con el que fue identificado incluso desde dentro del liberalismo progresista.

La aventura de *La Corona de Aragón* evidencia algunos aspectos que a nuestro modo de ver es importante subrayar para entender la evolución de este discurso a partir de entonces. En primer lugar, la conflictividad del espacio público barcelonés, a pesar de las dificultades, ofrecía oportunidades para la agitación pública de este discurso «neofuerista» si se tenían las herramientas adecuadas y la habilidad

<sup>25</sup> ROMEO MATEO, María Cruz: «Los mundos posibles del liberalismo progresista», en E. La Parra y G. Ramírez (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp. 287-314.

<sup>26</sup> «Prospecto», *La Corona de Aragón* (22-x-1854).

necesaria, y Víctor Balaguer contaba con ambas condiciones. En segundo lugar, el diferencial entre el caso de Barcelona y los de Valencia y Zaragoza había comenzado a ser demasiado grande, las condiciones políticas de la Revolución Liberal ya no se daban, y un proyecto cuyo centro estaba en Barcelona difícilmente podía contar con apoyos en las otras dos ciudades más allá de reducidos círculos intelectuales. En tercer y último lugar, el fracaso de *La Corona de Aragón* fue un ejemplo de los efectos destructores que sobre este discurso ejercía el estigma del «provincialismo» o del «egoísmo de provincia». En el espacio público definido como nacional español se podía ser catalán y liberal, por supuesto, pero no se podía ser catalán y pasar por «provincialista». Víctor Balaguer aprendió la lección.

En general, a partir del Bienio Progresista estos planteamientos se desarrollaron por vías exclusivamente culturales y, a corto y medio plazo, su impacto político fue muy escaso o nulo, según las circunstancias. Ese fue el caso de un Vicente Boix que vio frustradas sus esperanzas políticas y, a partir de entonces, profundizó en una senda de reflexión cultural que puede ser considerada un exponente del humanismo cristiano decimonónico. En cierto modo, Boix fue adoptando cada vez más la actitud melancólica de un «antiguo» o de un «antimoderno», es decir, una perspectiva crítica y pesimista respecto a las tendencias del presente «moderno» que le tocó vivir<sup>27</sup>. A la postre, la tarea de Boix fue la de legar un relato pesimista sobre la «decadencia» valenciana que permitió concebir el regionalismo cultural valenciano durante la Restauración en clave de «renacimiento». El testigo fue recogido por una generación de jóvenes poetas como Teodoro Llorente, Rafael Ferrer y Bigné o Jacinto Labaila, que protagonizaron la *Renaixença* valenciana. La importancia de la obra de Vicente Boix no reside en su calidad literaria o historiográfica, eso es evidente, sino en la potencia comunicativa y retórica del lenguaje patriótico que apelaba al pasado. En este sentido, el legado del discurso histórico «neofuerista» se encuentra tanto en la élite cultural conservadora de la Valencia finisecular como en el republicanismo federal, así puede apreciarse en las primeras obras de Vicente Blasco Ibáñez<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> Sobre las implicaciones del debate europeo de «antiguos» y «modernos» en el siglo XIX, véase FUMAROLI, Marc: *Las abejas y las arañas. La Querrela de los Antiguos y los Modernos*, Barcelona, Acantilado, 2008; y COMPAGNON, Antoine: *Los antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007.

<sup>28</sup> Un análisis de la importancia de Vicente Boix en los orígenes de la *Renaixença* valenciana, en SEGARRA, Josep Ramon: «El discurs històric en la construcció de la identitat valenciana contemporània: Xàtiva com a mite», *Recerques*, 52-53 (2006), pp. 187-209; una visión general sobre la construcción de la identidad regional valenciana en el siglo XIX en MARTÍ, Manuel y ARCHILÉS, Ferran: «La construcción de la nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano», *Ayer* 35 (1999), pp. 171-190. Respecto a la vertiente republicana de estos planteamientos, véase ARCHILÉS, Ferran y SEGARRA, Josep Ramon: «Renaixença i identitat regional: Constantí Llobart i la construcció de l'imaginari regional valencià», en J. V. Escartí y R. Roca (eds.), *Constantí Llobart i el seu temps*, València, Acadèmia Valenciana de la Llengua, 2005, pp. 55-77; y ANDRÉS PÉREZ, Josep: «El federalisme de Vicent Blasco Ibáñez i la qüestió valenciana», *Afers* 44 (2003), pp. 175-204.

Sin embargo, la evolución política e intelectual de Víctor Balaguer fue la opuesta a la de Boix. Muy lejos de la melancolía del valenciano, Balaguer se mostró a lo largo de su trayectoria como un intelectual y como un político ávido de presente. Balaguer no solo se convirtió en el abanderado de un sector de la *Renaixença* catalana que reivindicaba sus credenciales liberales y el valor «nacional» de su literatura, sino que apoyándose en este planteamiento consiguió hacerse un espacio entre el progresismo catalán y, a la postre, en la política española. La posición de Víctor Balaguer dentro del Partido Progresista se consolidó gracias a su capacidad, no sólo para gestionar intereses sino, sobre todo, para manejar una serie de mecanismos culturales y simbólicos de legitimación. En este proceso fue decisiva su destreza para la agitación populista, como se puso de manifiesto en la gestión propagandística de la campaña de África en 1859<sup>29</sup>.

Víctor Balaguer fue, además, el animador de un grupo de intelectuales catalanes que se formaron, como él mismo, como corresponsales del periódico *El Telégrafo* fundado y dirigido por el también progresista Fernando Patxot y Ferrer. Hay que señalar que tanto Balaguer como Patxot y Ferrer fueron historiadores que polemizaron con el supuesto castellanismo de la obra de Modesto Lafuente. Pero antes de abordar esta cuestión vale la pena prestar atención a la experiencia internacional como corresponsales de prensa en la Italia en proceso de unificación y en el París del Segundo Imperio de Balaguer y otros patriotas catalanes, como Lluís Cutchet o Josep Coroleu<sup>30</sup>. En sus periplos internacionales durante la década de 1860 Víctor Balaguer vio en acción la potencia comunicativa de un patriotismo idealista y sacrificial que, como ha dicho A. M. Banti, se presentaba como una rebelión juvenil, inconformista y profundamente emocional<sup>31</sup>. Pero, desde nuestro punto de vista, Balaguer no vio nada que no conociese ya. Él se había formado en el seno de circuitos literarios de naturaleza, en apariencia, no inmediatamente política pero profundamente patrióticos. Es más, desde su juventud se había pensado como un literato cuya inspiración era un código de emancipación nacional

<sup>29</sup> GARCIA BALAÑÀ, Albert: «Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Catalunya (1859-1860)», en E. Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo espanyol (1859-1912). De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Bellaterra, 2002, pp. 13-77; y «El primer Balaguer o la temptativa populista a la Catalunya liberal (1859-1869)», *L'Avenç*, 262 (2001), pp. 36-41. Un estudio sobre la trayectoria global de Balaguer en PALOMAS, Joan: *Víctor Balaguer. Renaixença, Revolució i Progrés*, Vilanova i la Geltrú, El cep i la nansa, 2004.

<sup>30</sup> CUCCU, Marina y PALOMAS, Joan: *La Itàlia de Víctor Balaguer*, Vilanova i la Geltrú, Biblioteca-Museu Víctor Balaguer, 2004. Este aspecto de la biografía de Balaguer también ha sido analizado por PÍ DE CABANYES, Oriol: «Víctor Balaguer i el Risorgimento», en VVAA, *Víctor Balaguer i el seu temps*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, pp. 11-39. Véase asimismo el trabajo de CATTINI, Giovanni C.: *Historiografia i catalanisme. Josep Coroleu i Inglada (1839-1895)*, Catarroja, Afers, 2007.

<sup>31</sup> BANTI, Alberto M.: *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*, Turín, Einaudi, 2000.

que procedía de la Revolución Liberal y que él había tratado de agitar de nuevo en Barcelona durante el Bienio Progresista y, en 1859, durante la campaña de África. La eficacia movilizadora de ese patriotismo es lo que vio confirmado en Roma y en París. Ahora bien, su experiencia le había mostrado que para ser realmente operativo ese patriotismo no podía ser «provincial». De ahí que, desde finales de los años cincuenta Balaguer asumiese de un modo muy atrevido el lenguaje de las nacionalidades en boga en la Europa de la época.

En la introducción a su obra *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1863) Víctor Balaguer presentaba «el carácter especial» de las provincias de la antigua Corona de Aragón y principalmente de Cataluña como un efecto de la memoria de la «libertad constitucional». Estas provincias, decía, «no han olvidado aun ni pueden olvidar que han sido un día naciones». Y aunque algunos considerasen que esa peculiaridad era un signo de provincialismo, Balaguer desmentía esa acusación afirmando que no se trataba de egoísmo de provincia sino «que es un patriotismo de buena ley, patriotismo de patria, de nación, de historia»<sup>32</sup>. Con un movimiento extraordinariamente hábil, Balaguer no estaba haciendo otra cosa que profundizar en el sentido político progresista del «patriotismo provincial» elaborado por la tradición neofuerista que, como hemos visto, hacía especial insistencia en la nación como encarnación de la libertad. Haciendo un giro dentro de este discurso, en la medida que Cataluña venía a encarnar la lucha contra el despotismo en España, Víctor Balaguer daba sentido a una noción de «nacionalidad» catalana<sup>33</sup>.

A pesar del carácter polémico que entonces adquirió este giro «nacional» del lenguaje neofuerista liberal en Cataluña, el proyecto político auspiciado por Balaguer respondía a las coordenadas del liberalismo progresista posrevolucionario, nada radical. De hecho, en su *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, entre otras cosas, trataba de desmentir la afirmación de Modesto Lafuente sobre el presunto carácter «rebeldes» y «revolucionario» de los catalanes precisamente por ser «entusiastas de su independencia». Desde la perspectiva de Balaguer, los catalanes no podían ser «rebeldes» mientras fuesen patriotas en defensa de su independencia. El valor patriótico o nacional de su historia venía a dar un sentido ordenado y juicioso a la tradición política catalana. Por eso insistía en que esa tradición política se encarnaba en una suerte de «perfecto equilibrio» entre la corona, la nobleza y las

<sup>32</sup> BALAGUER, VÍCTOR: *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1863, vol. I, p. 12.

<sup>33</sup> Afirmaciones en este sentido se pueden encontrar en la obra de Balaguer a partir de 1858, en el trabajo escrito junto con CUTCHET, Luis: *La libertad constitucional. Estudios sobre el gobierno político de varios países y en particular sobre el sistema por el que se regía antiguamente Cataluña*, Barcelona, Imprenta nueva de Jaime Jesús y Ramon Villegas, 1858; en la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1863) o en, *Esperanças i Records. Poesias Catalanas que forman la segona part del Trovador de Montserrat*, Barcelona, Establiment Tipogràfic de Jaime Jesús, 1866.

municipalidades. Un sistema de contrapesos en el que el fiel de la balanza habría estado en la virtud de los «buenos patricios», gracias a quienes se habría mantenido la «paz social» y se habría garantizado la «libertad constitucional»<sup>34</sup>. Una vez definido así el núcleo duro de la historia catalana como historia «nacional» (es decir, liberal), Víctor Balaguer se dedicaba a mostrar como la intromisión castellana a partir del Compromiso de Caspe habría introducido desequilibrios que siempre habrían partido del «despotismo» monárquico. Finalmente, la unión de Coronas en el matrimonio de los Reyes Católicos sería la confirmación de la hegemonía castellana dando inicio a lo que, según Balaguer, sería propiamente la «historia general de España». Un periodo histórico, a partir del siglo XVI, que no sería propiamente historia de Cataluña puesto que los principios «nacionales» de libertad, constitución y confederación territorial se habrían marginado en la organización de la nueva Monarquía española malogrando la unión. Desde su punto de vista, «[t]odo lo que fuese concentración del poder monárquico, centralización del poder absoluto, dominio supremo de una corona sobre otra, era apartarse de la verdadera idea de unión y violentar la esencia de las cosas»<sup>35</sup>.

Víctor Balaguer, como Modesto Lafuente, también respondía al modelo de periodista literario y escritor de historia con una acusada sensibilidad «moderna». Hasta cierto punto, Lafuente y Balaguer representan trayectorias intelectuales paralelas por la creciente moderación de sus planteamientos políticos y por el recurso a la historia. Para Modesto Lafuente la legitimidad del Estado centralizado y administrativo era el destino de la historia patria mientras que para Balaguer la historia patria servía para movilizar a un público urbano mediante la agitación de la idea de una «nacionalidad» al margen del Estado. En este sentido, Balaguer hacía un uso muy consciente del poder que otorgaba manejar estratégicamente el lenguaje patriótico. De hecho, desde nuestro punto de vista, una muestra de esa estrategia son precisamente las polémicas continuas en las que se enzarzó a propósito de la idea de nacionalidad aplicada a la historia y a la literatura catalana. Sus controversias de los años sesenta con Manuel Lasala, Ventura Ruiz Aguilera, Rafael Ferrer y Bigné o con Modesto Lafuente eran un modo muy hábil de convertirse en la cabeza visible del progresismo barcelonés en vísperas de la Revolución de 1868.

Sin embargo, el discurso histórico del Víctor Balaguer de los años sesenta no era sólo el resultado de una estrategia coyuntural. Se trata de una visión de la historia patria que responde a unas coordenadas más de fondo que también se encuentran en los *Anales de España* del progresista Fernando Patxot y Ferrer —bajo el pseudónimo de Manuel Ortiz de la Vega— así como en el trabajo del católico Víctor Gebhardt, todos ellos críticos con el supuesto «castellanismo» de Modesto

<sup>34</sup> BALAGUER, Víctor: *Historia de Cataluña...*, *op. cit.*, vol. II, p. 721.

<sup>35</sup> *Ibidem*, vol. III, p. 699.

Lafuente. En cierto modo, estos autores manejaban unos argumentos procedentes del mismo fondo común: el lenguaje histórico antidespótico. Un lenguaje que, como hemos visto a lo largo de estas páginas, partía de una oposición maniquea entre dos principios políticos, la libertad y el despotismo, y narraba la historia como el continuo enfrentamiento entre esos dos polos. Mariano Esteban ha señalado que detrás del recurrente lamento sobre el «castellanismo» que se halla en todos estos autores lo que se encontraba «no era tanto [el rechazo] de un determinado enfoque historiográfico como [el repudio de] las pautas seguidas por la trayectoria histórica española en los trescientos cincuenta años anteriores, es decir, desde la existencia de una monarquía común con los Reyes Católicos»<sup>36</sup>. En efecto, que hubiese periodos enteros de la historia de la Monarquía española que quedasen fuera de la historia «nacional» era una consecuencia necesaria de la identificación exclusiva de la nación con la libertad. En la obra de Víctor Balaguer de la década de 1860 lo que se encuentra es eso pero también la compleja historia de este relato histórico antidespótico a lo largo de la Revolución Liberal y de la construcción del Estado de los moderados, con sus polémicas excluyentes sobre el «provincialismo». Como resultado de todo ello, a la altura del Sexenio la identificación territorial de la libertad se había hecho más rígida. Por eso Balaguer podía excluir de su relato el periodo histórico que tenía su punto de partida en el siglo XVI, y que el relato histórico antidespótico había identificado con el origen del absolutismo, afirmando que «no escribo la historia de España, sino la de Cataluña»<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: «Castilla y España...», *op. cit.*, p. 296.

<sup>37</sup> BALAGUER, Víctor: *Historia de Cataluña...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 648-649.